



UN ENTIERRO

I.

A sí como hay alegrías desesperadas y tumultuosas, del mismo modo hay también tristezas tranquilas y consoladoras.

Si pudiéramos descender al abismo de ciertas felicidades cuyo estrépito parece que todo lo invade y todo lo llena, veríamos en el fondo hervir ocultas terribles inquietudes y pasiones desesperadas; y de la misma manera, si pudiéramos penetrar en lo íntimo de ciertas tristezas, encontraríamos en el fondo solitario de las más hondas amarguras la paz serena de un inmenso consuelo.

Hay falsas alegrías, felicidades imaginarias, dichas artificiales, con las que pretendemos muchas veces aturdir la pasión insaciable que nos devora el alma, ó la inquietud cruel que nos agita; porque hemos decidido ser dichosos á toda costa, á costa de nuestra misma dicha.

En el fondo de estas alegrías tumultuosas, de estas felicidades locas, de estas dichas turbulentas, se esconde siempre la sorda tempestad que engendran en el corazón del hombre las pasiones desencadenadas.

Hay tristezas verdaderas, dolores íntimos, amarguras profundas, de las que los espíritus débiles huyen, creyendo, en su atribulada cobardía, que el hombre puede huir de sí mismo, y que las almas fuertes, templadas en la fe, afrontan con valiente humildad, buscando en el rigor de la propia pena el raro consuelo de saber sentirla.

En el fondo de estas verdaderas tristezas, de estos íntimos dolores, de estas profundas amarguras, se esconde siempre esa felicidad misteriosa que hace dulce á la misma amargura, amiga á la pena misma; que lleva en el desconsuelo la esperanza, y en lo acerbo del dolor que se siente la satisfacción sublime de saber sufrirlo.

II.

Un entierro no es ciertamente una novedad en el mundo. Basta morir para ofrecer á la curiosidad de las gentes el espectáculo de unos restos mortales que, más ó menos pomposamente, son conducidos al último asilo para no volver á acordarse de ellos; y parece cosa averiguada que cada segundo arroja el mar de la vida un cadáver sobre la tierra.

Pero este último espectáculo, en que se despiden, acaso para siempre, el que se va y los que se quedan; esta separación inevitable no es siempre la misma cosa.

Hay entierros oscuros, humildes, ignorados, en que el cadáver no es más que un muerto á quien sólo acompaña al último asilo el dolor de una familia.

Hay otros, brillantes, magníficos, espléndidos, en que el muerto arrastra todavía en pos de sí el fausto de su vida, la celebridad de su nombre, la memoria de sus grandezas. Detrás de este cadáver va el mundo como á una fiesta. Lo acompañan allí todos los honores de la vida; sólo falta la tristeza, que es el honor de la muerte.

Hay otros entierros á los que sin pompas oficiales, sin invitaciones ceremoniosas, sin que se suplique el dolor ni el coche, asisten, por un movimiento espontáneo de piadosa pena, los suspiros, las lágrimas, las oraciones y el luto de todo un pueblo.

Allí va la amistad verdadera, la gratitud que no olvida, la piedad que acompaña más allá del sepulcro. No se le compadece, pero se le llora; no se le despide como al que no hemos de volver á ver más, sino que se le reza como si no quisiéramos separarnos nunca de su memoria. No es una fiesta; es un duelo.

III.

Vengo de asistir al entierro de un soldado obscuro, muerto en el campo de batalla. Los muertos en los campos de batalla se olvidan tan pronto como los que mueren en los jardines de la vida.

Murió gloriosamente, fué un héroe; pero no fué héroe de su ambición, sino héroe de su deber. El mundo se ha hecho para los vivos, y la victoria no suele reconocer después del combate más que á aquellos que han sobrevivido.

Hay una sepultura más honda que las que se abren en los cementerios, y es la sepultura del olvido.

Murió al mismo tiempo que caía un trono, y pasó por encima de su cadáver un triunfo que había de costar arroyos de sangre. Parece que aquel día se contrajo una deuda de desdichas, que todavía no hemos acabado de pagar.

El campo de batalla fué el puente de Alcolea; allí murió heroicamente, sellando con su noble sangre el honor de sus juramentos y su lealtad de militar y caballero.

La noticia había corrido muchos días antes de boca en boca, con dolor de todos y sin sorpresa de nadie; con dolor, porque había dejado de latir un corazón hidalgo, porque se había cortado una vida llena de juventud, de alegría y de esperanzas, porque era querido, y era querido porque

era estimado; sin sorpresa, porque todos sabían, con segura certidumbre, que aquella vida generosa no había de huir de la muerte.

Mientras que el afán á la vida ofrece por todas partes numerosos ejemplos de muchas gentes que poseen el secreto de lo que en el mundo se llama *saber vivir*, no faltan algunos ejemplos de corazones rectos que han encontrado en la conciencia, en el honor y en la fe el envidiable secreto de saber morir.

El cadáver, recogido en el puente de Alcolea entre tantos cadáveres, fué sepultado en Córdoba; pero había una familia desolada que pedía ese cadáver, hermanos que pedían á su hermano, una madre que pedía á su hijo.

¿Á quién se podía confiar tan triste encargo? ¿Quién había de ir á remover aquella sepultura apenas cerrada; á recoger aquellos restos, tan animosos antes, tan inanimados ahora?

Las naturalezas egoistas han inventado un género de cobardía, por medio de la que pretenden sustraerse del cumplimiento de los más grandes deberes; en nombre del dolor, se excusan de cumplir lo que el mismo dolor impone.

Quieren hacer creer que la muerte desata los más sagrados vínculos del cariño, cuando precisamente la muerte es la que más debe anudarlos.

Al hijo corresponde recoger el último suspiro de su padre, porque de su padre es de quien ha recibido el primer suspiro.

Al padre corresponde amortajar á su hijo, porque su hijo, al venir al mundo, es el que le ha traído del cielo el augusto nombre de padre.

Al hermano corresponde enterrar al hermano, porque ellos, al venir á la vida, al dormir en un mismo regazo, al mecerse en una misma cuna, se han traído mutuamente el santo nombre de hermanos.

¿Quién puede negarles tan sagrados privilegios?

¿Quién? El dolor pusilánime, la pena egoísta, los espíritus débiles.

¡Cosa singular! Cuanto más honda es la pena, más ánimo siente el alma para cebarse en ella, porque no hay un valor semejante al que se despierta en los corazones varoniles cuando se ven acosados por grandes dolores.

Pero, por lo visto, los dolores del alma, del alma, que es mil veces más fuerte que el cuerpo, necesitan también su cloroformo: que el hijo no vea agonizar á su padre; que el padre no vea amortajar á su hijo; que el hermano no vea enterrar á su hermano.

Es preciso alejar á la familia del lecho del moribundo. ¡Cuán pronto empieza para el que muere la soledad de la muerte! Después que se ha hecho todo para que viva, ¿no se puede hacer más que abandonarlo?

Semejantes espectáculos caen fuera de la humana resistencia, y el cariño de hijo, de padre y de hermano, tan valeroso siempre, no encuen-

tra fuerza en su propio dolor para poder presenciarlos.

¡Y cómo, Dios mío ese mismo cariño y esa misma pena encuentran, por lo común, en el hijo, en el padre y en el hermano valor para renunciar al sagrado derecho de presenciar tan grandes espectáculos!

Había que exhumar los sangrientos y aún calientes despojos, y esta vez no han tenido que encargarse de tan tierna obra ni manos amigas ni manos mercenarias.

Un hermano que, sintiendo en el alma todo el valor de su pena, ha corrido á Córdoba á recoger los restos de su hermano, siguiéndolos hasta el umbral mismo de su última sepultura.

IV.

En medio del templo enlutado se levanta el tímulo; la nave de la iglesia la llena la multitud apretada, y la población de la ciudad y del campo acude entera á formar el largo, triste y silencioso acompañamiento.

El cementerio donde reposan tantos muertos está en ese día lleno de vivos; la multitud había invadido el cementerio, como antes había invadido el templo y las calles.

Por el aspecto silencioso de la multitud que seguía al carro fúnebre, por las lágrimas que se

escapaban de muchos ojos, por los sollozos mal contenidos en muchos pechos, y por la tristeza dibujada en todos los semblantes, no cabía duda de que se trataba de una triste ceremonia.

Había en este homenaje sencillo y verdaderamente popular tributado al cadáver una poderosa elocuencia.

Yo he presenciado el fastuoso entierro de Martínez de la Rosa; yo he leído en los periódicos los ardientes homenajes tributados á los restos del general O'Donnell; yo he visto también las honras fúnebres con que hasta el templo de Atocha fué acompañado el cadáver del general Narváez; pero aseguro que ninguno de esos lujosos funerales me ha conmovido tanto como el entierro de este héroe ignorado.

Mientras tantas ciudades se vestían de fiesta, engalanándose con todos los adornos de la alegría, he aquí una ciudad que se vestía de luto, sin más adorno que el de su tristeza.

Mientras tantos pueblos se consagraban al culto tumultuoso de unos cuantos vivos victoriosos, este pueblo se reunía silencioso á rendir el piadoso homenaje de su cariño á un muerto.

¡Qué contraste y qué diferencia!

Aquella fiesta será pasajera; este luto será permanente.

Aquel culto pasará fugitivo, como pasan todos los delirios de los hombres, y esta humilde gloria quedará, porque siempre queda en el recuerdo de

las gentes sencillas la memoria de los nobles sentimientos.

No quiero levantar el velo detrás del que se oculta á las miradas del mundo, que todo lo convierte en placer, en diversión y en triunfo, el dolor de una familia que busca consuelo en el dolor mismo.

V.

Es admirable ver cómo de la misma boca que sale el grito de la pena, de los mismos ojos de que brotan las abundantes lágrimas de la más honda amargura, salen á la vez santas palabras de dulce resignación y serenas miradas de consuelo.

Parece que dentro de esas almas se traba esa terrible lucha en que la razón, herida por la pena, siente el vértigo de la desesperación, al mismo tiempo que la fe derrama en la profundidad de la herida el bálsamo de la resignación.

Es la lucha empeñada en el espíritu humano, entre el cruel sentido de esa palabra ciega y traidora que se llama fatalidad, y la consoladora idea que se encierra en esa palabra luminosa y espléndida que llamamos Providencia.

Fatalidad, que quiere decir injusticia, brutalidad.

Providencia, que quiere decir amor, sabiduría.

Hacedle creer á una madre que es la fatalidad la que mata á su hijo, y derramaréis en su alma todo

el veneno de la desesperación, y nada será á sus ojos más horrible que la vida, más cruel que su propia razón, ni nada más absurdo ni más monstruoso que su propio sentimiento.

Hay dolores para los que el poder del hombre no tiene consuelo, y por eso los corazones afligidos levantan los ojos, buscando en el cielo lo que saben que la tierra no puede darles.

Mientras haya dolores en la tierra, la impiedad no podrá cerrar el camino por donde el alma humana se comunica con Dios.

He aquí un altar donde la fe adorará siempre á la Providencia, y he aquí un templo que todo el furor de todas las impiedades no conseguirá destruir nunca.

Arrancar á un hijo de los brazos de su madre es una crueldad; pero pretender arrancar del corazón de esa madre la fe que la alienta y la Religión que la consuela, es el colmo de la barbarie, porque es arrancarle el dolor con que lo siente y el consuelo con que lo llora, lo recuerda y lo bendice.

Sería tanto como enterrar el alma humana.



LA LEY DE LA HISTORIA

I.

Los filósofos (permítaseme llamarlos así) que se agitan perdidos fuera del camino de la verdadera sabiduría, andan á tientas buscando en el caos de sus errores la ley de la historia.

Ellos quieren saber á qué principios se sujeta la serie de hechos que desde el origen del mundo hasta nosotros forman en su curso sucesivo la historia del género humano.

Ellos pretenden inquirir el secreto en que para sus ojos se esconde lo que podemos llamar la regla de conducta de los acontecimientos.

¡Ya se ve!.... Estos espíritus fuertes, estos libre-pensadores, se encuentran con una cadena cuyos anillos, firmemente eslabonados, no pueden romper, y con un orden inalterable, que ellos, con todo el poder de su ciencia, no pueden subvertir. Y, en verdad, ¿cómo, siendo el hombre libre,

produce en el curso de las generaciones series de hechos despóticamente encadenados unos á otros?

¿Qué atroz tiranía es la que usurpa á los hombres libres el derecho y la libertad de dirigir los acontecimientos que ellos mismos realizan?...

¿Qué ley absurda es la que coloca las hordas salvajes detrás de los siglos refinadamente cultos? ¿Por qué están los persas á las puertas de Babilonia, cuando Baltasar asombra al mundo con el esplendor de sus festines? ¿Por qué razón la misma Grecia, que supo resistir á los ejércitos de Jerjes, cae bajo el poder de Roma, precisamente cuando en sus Academias se enseñaba todo, se discutía todo, se dudaba de todo? ¿Por qué detrás de la grandezza de la Roma pagana está el Bajo Imperio?

¿Qué mano caprichosa coloca el cetro despótico de los Césares detrás del libre desenfreno de las plebes? ¿Por qué han de estar todas las dictaduras detrás de todas las libertades? ¿Por qué, cuando una sociedad llega á la posesión de todos los placeres y al usufructo de todas las sensualidades, se ha de encontrar en la vispera de su ruina? ¿Por qué, en fin, detrás del *Libre examen* ha de estar el caos, detrás de *Los derechos del hombre la Commune*...; en una palabra: detrás de la luz el incendio?

Ante esta barbarie de la historia pasada y presente, la filosofía del ateísmo y del materialismo, á pesar de su audacia, se detiene perpleja, y busca la ley tiránica que autoriza semejantes monstruosidades.

II.

Tomás Buckle, en su *Historia sobre la civilización de Inglaterra*, rompe heroicamente el freno que la razón impone á su ciencia, y se lanza desbocado á inquirir los principios que rigen el carácter y el destino de las naciones; y arrojándose al fondo de la investigación que se propone, se pregunta á sí mismo: las acciones de los hombres que forman la serie de hechos que son la historia de las sociedades humanas, ¿están gobernadas por leyes fijas, ó proceden del azar, ó interviene en su dirección algún poder divino?....

Aquí el filósofo se encuentra ante el fatalismo, el azar y la Providencia, y resuelve el caso optando por la fatalidad, en razón á que, conforme conocemos mejor la naturaleza, se desvanece ante nuestros ojos la teoría del azar, y vemos que cada acontecimiento está ligado al que le precede por un lazo inevitable, y, por lo tanto, el mundo entero forma una cadena forzosa, en la que el hombre representa su papel, pero sin saber qué especie de papel es el que representa.

Para la ciencia de este sabio, la doctrina del azar en el mundo exterior corresponde á la doctrina del libre albedrío en el mundo interior; y ante esta dificultad que le obliga á reconocer como ley de la historia el capricho de la casualidad, sale del

apuro negando con la mayor frescura la realidad del libre albedrío.

«La teoría del libre albedrío, dice, es una hipótesis metafísica que no está demostrada.» Lo cual es lo mismo que decir: la teoría de la existencia de Enrique Tomás Buckle es una hipótesis metafísica, porque nadie se ha tomado todavía el trabajo de demostrarnos científicamente que Enrique Tomás Buckle existe.

La ciencia libre es aquella que rompe sin escrupulo todas las trabas que la lógica impone á la razón humana.

Tenemos, pues, que la ley de la historia consiste en que el hombre no es libre, y que, por lo mismo, obra siempre de una manera precisa y fatal.

Acerca de este punto, la filosofía del ateísmo y del materialismo no ha pasado de aquí; la ciencia impía, antes que reconocer á Dios, prefiere negar la libertad del hombre, lo cual viene á ser como negarse á sí misma.

Es decir, que hemos reclamado y obtenido el ejercicio de todas las libertades para llegar á descubrir que no somos libres.

Si la ciencia ha de llegar á despojarnos del alto privilegio del libre albedrío, que revela en cada uno de nosotros la nobleza de nuestro común origen, nada debe haber en el mundo más odioso que la ciencia.

Muy bien; pero entonces, ¿cuál es la ley de la historia?

III.

Ya sabemos que la atracción es la ley del mundo físico, que la armonía es la ley del arte, que la lógica es la ley de la ciencia; pero ¿dónde está la ley de la historia?

¿En qué lugar, impenetrable á la audaz sabiduría de los hombres, se oculta el maravilloso resorte que hace marchar en orden riguroso los acontecimientos humanos en el curso de la historia?

Mientras los sabios de la ciencia, que, olvidando la antigua descendencia de sus viejos errores, se da á sí misma el título de moderna, desatinan científicamente, buscando la ley moral que dirige el paso de los hombres sobre la tierra, nosotros, alejados de esos estudios tenebrosos, sabemos con la viva certidumbre de la fe que la ley de la historia es la acción divina de la Providencia ejerciendo los dos supremos atributos de su justicia y de su misericordia.

Justicia, cuando anega la tierra en las aguas del diluvio; misericordia, cuando ilumina las oscuridades del mundo con la luz del Evangelio.

Es justa dejando al hombre encenagarse en todas las degradaciones del error, y es misericordiosa conservando en el agitado curso del pueblo de Israel la integridad de la revelación divina.

Es un fenómeno histórico, que la ciencia humana no acertará á explicarse jamás, cómo, en medio

del paganismo que cubría al mundo de tinieblas, aparece en un rincón de la Palestina el sol magnífico de la verdadera civilización.

Ciertamente es un prodigio para la razón que del exceso de tiranía brote la libertad; que del extremo del crimen y del vicio surja el heroísmo de la virtud; que al espantoso caos de todos los errores de la ignorancia y de la ciencia suceda la verdad; que al soberbio imperio de los Césares suceda el humilde imperio de Jesucristo.

La ciencia impía no acertará nunca á desentrañar este misterio de la historia. La lógica del hombre no sabrá nunca sacar consecuencias verdaderas de premisas falsas; no le está á él concedida la suprema sabiduría de sacar el bien del fondo del mal, ni podrá nunca encontrar por sí mismo la luz en el seno de las tinieblas.

La casualidad no existe: es una palabra que carece de sentido absoluto; solamente nos es lícito usarla de un modo relativo. El fatalismo es demasiado ciego para que le concedamos el honor de guiar los acontecimientos por los caminos de la historia. Además, ya lo hemos visto, según la ciencia moderna, no podemos admitirlo como guía de las acciones del género humano, sin despojarnos del libre albedrío. Nos queda la Providencia, y ella es la ley de la historia. La mano de Dios, que no menoscaba la libertad de nuestros actos, conduce el oleaje de las generaciones á los altos designios de su misericordia y de su justicia.

IV.

Por eso la lógica de los hombres anda tan apartada de la lógica de los sucesos. Jamás el espíritu humano por su propia perspicacia ha podido sorprender los arcanos de lo futuro. Hoy menos que nunca.

Supongamos que sabemos con perfecta certidumbre lo que sucedió ayer; y bien: ¿podemos asegurar lo que sucederá mañana?

Se puede decir que marchamos con una venda en los ojos; todas las luces de nuestro siglo no bastan á iluminar las obscuridades de lo que está por venir.

De un día á otro, ¡cuántos temores disipados! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas! ¡Cuántos proyectos fracasados! Pretendemos ir al punto que nos señalan nuestros deseos, y en esa dirección nos agitamos....; pero de la noche á la mañana el oleaje de los sucesos nos conduce á un punto opuesto. ¿No es esta una burla de nuestro destino?

La civilización moderna ha empeñado todas sus fuerzas en conducirnos á la posesión de todas las felicidades; la ciencia, el arte, la literatura, la industria y la política han ejercido sin descanso su influencia civilizadora para llevar á nuestras costumbres, á nuestros sentimientos y á nuestras ideas la suprema cultura. Mas, ¡ah inexorable despotismo de la historia!, cuando íbamos á coger el fruto

ya sazonado de nuestro progreso, nos encontramos de manos á boca con el caos en la ciencia, la degradación en el arte, la prostitución en las letras, la codicia en la industria, y el envilecimiento en la política; nos encontramos sin ideas, sin sentimientos y sin costumbres.

Por medio de una terrible aritmética, cuyo procedimiento no acertamos á explicarnos, los sucesos nos presentan una cuenta ruinosa; ellos dicen: «A la sombra de vuestra prosperidad ha crecido espantosamente vuestra deuda. Habéis hecho una operación semejante á la de la multiplicación de las *fracciones*, en la que el *producto* es siempre menor que los *factores*».

Es verdad que hemos girado contra las generaciones futuras la gran letra de tan formidable *déficit*; pero este *pagaré* sin plazo es el testimonio auténtico de nuestra ruina.

Las civilizaciones antiguas se veían amenazadas por la invasión de los pueblos bárbaros; pero lo curioso de la civilización moderna es que las hordas salvajes que la amenazan han brotado bajo la culta influencia de la civilización misma.

El sentido común, algo más perspicuo y bastante más sabio que toda esa falange de filósofos que han nacido al calor disolvente del libre examen, deduciéndolo de los hechos mismos, ha encontrado el principio de la ley de la historia mucho antes que la presuntuosa ciencia de la razón soberana. El sentido común es el que ha vulgarizado la no-

ción profunda que explica la libertad en el hombre y la Providencia en la historia, encerrándola en una frase vulgar que corre de boca en boca. Él es el que ha dicho: *El hombre propone y Dios dispone*.

Nosotros, los ignorantes, los que no hemos penetrado en las abstrusas nebulosidades de la filosofía que llamamos moderna, encontramos en esa sencilla proposición la gran ley de la historia. El hombre obra según su libre albedrío, y Dios dirige el curso de los hechos humanos según su Providencia.

V.

Y, en verdad, ¡cuán grande sería nuestro fastidio si, por un prodigio inesperado, pudiéramos coger el hilo misterioso en que se va tejiendo la historia de nuestros días!... Nos veríamos privados del encanto de las sorpresas con que diariamente nos conmueve. Una vez puestos en el secreto de los sucesos, ¡qué interés podría tener para nosotros el día de mañana?

Precisamente el carácter más distintivo de nuestra época es la novedad de los acontecimientos, la originalidad con que se enredan los hechos y los hombres en el laberinto de eso que designamos con el nombre de vida pública. ¡Qué transformaciones tan súbitas en la escena, qué cambios tan repentinos en las decoraciones, qué mudanza tan continua en los hombres!...

Tal vez sea excesivamente cara la función tea-

tral con que los sucesos tienen suspenso nuestro ánimo; pero, sea lo que quiera, el exceso del gasto que nos ocasiona la diversidad de emociones con que excita nuestra curiosidad y aviva nuestro interés, no tiene precio.

En ninguna época conocida ha disfrutado el hombre, como ahora, el placer de vivir tan constantemente con la boca abierta.

Hasta hace poco tiempo, la historia ha conservado sus pretensiones clásicas; el poema y la tragedia han sido los géneros de su particular preferencia; ha vivido siempre en las altas regiones de la epopeya; sus relatos infunden el horror trágico ó el entusiasmo épico. Mas ha tenido que descender de esas sublimes alturas para acomodarse al gusto literario de nuestra época; y su único género es hoy una mezcla ingeniosísima del melodrama y del sainete.

He aquí por qué los mismos sucesos que empiezan por espantarnos, acaban por hacernos desvernillar de risa.

La historia presente, justo es reconocerlo, rindiendo tributo al principio de *enseñar deleitando*, ha sabido combinar tan admirablemente lo terrible y lo grotesco, que nos es imposible participar del terror que los sucesos nos inspiran, sin soltar al mismo tiempo la carcajada.

Por eso, sin duda alguna, en virtud de un privilegio sólo á nosotros concedido, vivimos tan alegres en medio de tanto desastre.

Admiremos, pues, con la risa en los labios, este orden histórico, que conduce los sucesos que presenciarnos por caminos tan nuevos, que á la vez resultan pavorosos y alegres.

El arte humano no hubiera jamás alcanzado el singular mérito de presentar á nuestros ojos una perspectiva á la vez horrorosa y risueña, que excitara al mismo tiempo en nuestro ánimo suspenso el espanto y la risa.

¿Qué sería de nosotros, simples...., verdaderamente simples espectadores de esta representación continua de todas las miserias humanas, si hubiéramos aprendido á leer en las obscuridades de lo futuro!.... Esta deliciosa expectación en que vivimos, este afán con que pasamos de un día á otro, esta inquietud con que esperamos hoy los sucesos de mañana, toda esta animación, todo este aturdimiento, toda esta algazara, desaparecería si nuestros ojos pudieran penetrar en lo que está por venir.

¿Qué haríamos entonces de la viva comezón de nuestra curiosidad? Si se nos quita el placer de la inquietud, las delicias de la impaciencia, el deleite de las emociones, ¿qué nos queda de la vida que poseemos?

El fastidio de vivir y la pesadumbre de haber nacido.

VI.

¡ Los sucesos!.... He ahí los misteriosos anillos de la cadena que nos arrastra.

¿ Adónde?...

Ese es el secreto de la Providencia y el misterio de la historia.

Si alguna vez alcanzamos á deducir algo de los sucesos futuros por la índole de los sucesos presentes, podemos hoy asegurar que hemos entrado de lleno en el período de la expiación, y que todavía está lejos el período del arrepentimiento.

Si algo podemos vislumbrar al través de las obscuridades que nos cercan, es evidente que nos encontramos en el principio del castigo.

Esa es la ley inexorable de la historia.

Vamos á verlo.



« NUESTRA RAZON »

CON este título, bajo un sobre, y sin fecha y sin firma, he recibido, no hace muchos días, lo que á continuación verá, probablemente con disgusto, el lector curioso :

« Hace veinte años que trabajo doce horas diarias: la fatiga del día me proporciona un sueño profundo durante la noche; pero duermo sobre una cama dura y bajo un techo frágil, abrasado en el verano por el sol, y abierto en el invierno á los rigores de la intemperie.

» Mi vida se reduce á trabajar para vivir, á dormir para trabajar, y á comer para no morirme.

» Soy un bruto. »